

la corriente aun cuando se trate de aguas negras de vertedero, que implica negación de toda lucha en contra del mal y del uso de desinfectantes para purificar la atmósfera política; es la aceptación gozosa de las olas de cieno que se levantan del pantano. La política realista de los banqueros, industriales y comerciantes de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, y de los grandes estadistas de las dos primeras naciones, hicieron posible el fortalecimiento militar de Alemania, hicieron posible la última guerra; y en México, la política realista, ha producido confusión en las ideas, desengaño en los corazones y una tremenda corrupción moral.

Es cierto que el mundo sufre la más grave y profunda crisis de la historia y que el hombre ha perdido el rumbo y su centro de gravedad; pero el intelectual —y esa es precisamente su obligación— debe sugerir los medios para rebasar la crisis y crear nuevas fórmulas de convivencia humana. El intelectual debe ser guía y arquitecto de pueblos. Los grandes pensadores, filósofos, científicos y artistas —los auténticos— son quienes han hecho posible el avance del hombre en el dramático y dilatado escenario de la historia.

Ahora bien, es conveniente ir poco a poco concretando el tema. Hay que ocuparse de los deberes del intelectual mexicano contemporáneo en relación con la patria. Para expresar mis puntos de vista voy a valirme de varios ejemplos, de modo inevitable tomados del campo de las disciplinas que atraen preferentemente mi atención.

Se sabe bien que ha sido y es preocupación del Estado fomentar la producción agrícola en el país. Los medios son apropiados: obras de riego, crédito agrícola, utilización de fertilizantes en los terrenos que lo han menester y empleo de maquinaria agrícola moderna. Todo esto es seguramente correcto; pero no se habla, o por lo menos no se habla bastante de los problemas de la venta y distribución de los productos. Hay una cadena de intermediarios que contribuye a elevar los precios de las mercancías y a mantener en la pobreza a cientos de miles de campesinos. El agricultor modesto, en ocasiones demasiado modesto, ejidatario o pequeño propietario, se ve casi siempre obligado a vender su cosecha al comerciante del pueblo; la vende, digamos a \$1.00 el kilo; la vende así porque no puede obtener un precio más alto y sus necesidades son inaplazables. El comerciante del pueblo realiza el producto a \$1.30, y los grandes almacenistas de la ciudad de México o de otras importantes ciudades que lo han comprado a un segundo comerciante, comisionista o coyote, que para el caso es lo mismo, a \$1.60, lo revenden a los detallistas a \$2.00, quienes a su vez tienen que obte-